



MOBY DICK

ILUSTRACIONES DE DOMENICO RUSSO

 Picarona

ILUSTRADOR

Dibujante y artista conceptual, Domenico Russo ha trabajado como creador de decorados y de accesorios para dibujos animados. Cursó estudios de animación en la academia Nemo, en Florencia, y después en la Stephen Silver Drawing Academy de Los Ángeles. Da clases de creación y composición en 2D y colabora con varias editoriales.

ADAPTACIÓN DE LOS TEXTOS

Altea Villa

CONCEPTO GRÁFICO

Valentina Figus

Título original: *MOBY DICK*
Texto: *Altea Villa (sobre un texto de Herman Melville)*
Ilustraciones: *Domenico Russo*
1.ª edición: *octubre de 2024*

Traducción: *Susana Cantero*
Maquetación: *El Taller del Llibre, S. L.*
Corrección: *Sara Moreno*

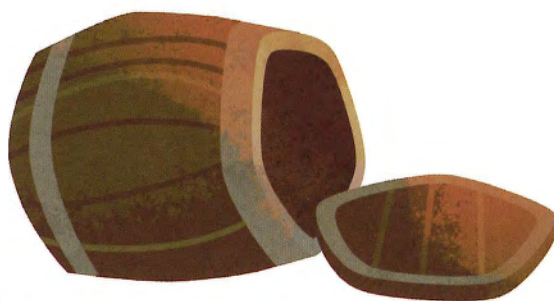
WS whitestar kids® es marca registrada de White Star s.r.l.
© 2024, White Star s.r.l.
Piazzale Luigi Cadorna 6, 20123 Milán, Italia
www.whitestar.it
(Reservados todos los derechos)

© 2024, Ediciones Obelisco, S. L.
www.edicionesobelisco.com
(Reservados los derechos para la lengua española)

Edita: Picarona, sello infantil de Ediciones Obelisco, S. L. Collita, 23-25.
Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 25
E-mail: picarona@picarona.net

ISBN: 978-84-9145-747-3
DL B 8986-2024

Printed in China



ÍNDICE

CAPÍTULO 1
LA POSADA
DEL AVENTADOR
P. 5

CAPÍTULO 2
EL PEQUOD
P. 17

CAPÍTULO 4
LA OBSESIÓN DE AHAB
P. 39

CAPÍTULO 3
LA CAZA
P. 29

CAPÍTULO 5
EL COMBATE
FINAL
P. 47



LA POSADA DEL AVENTADOR

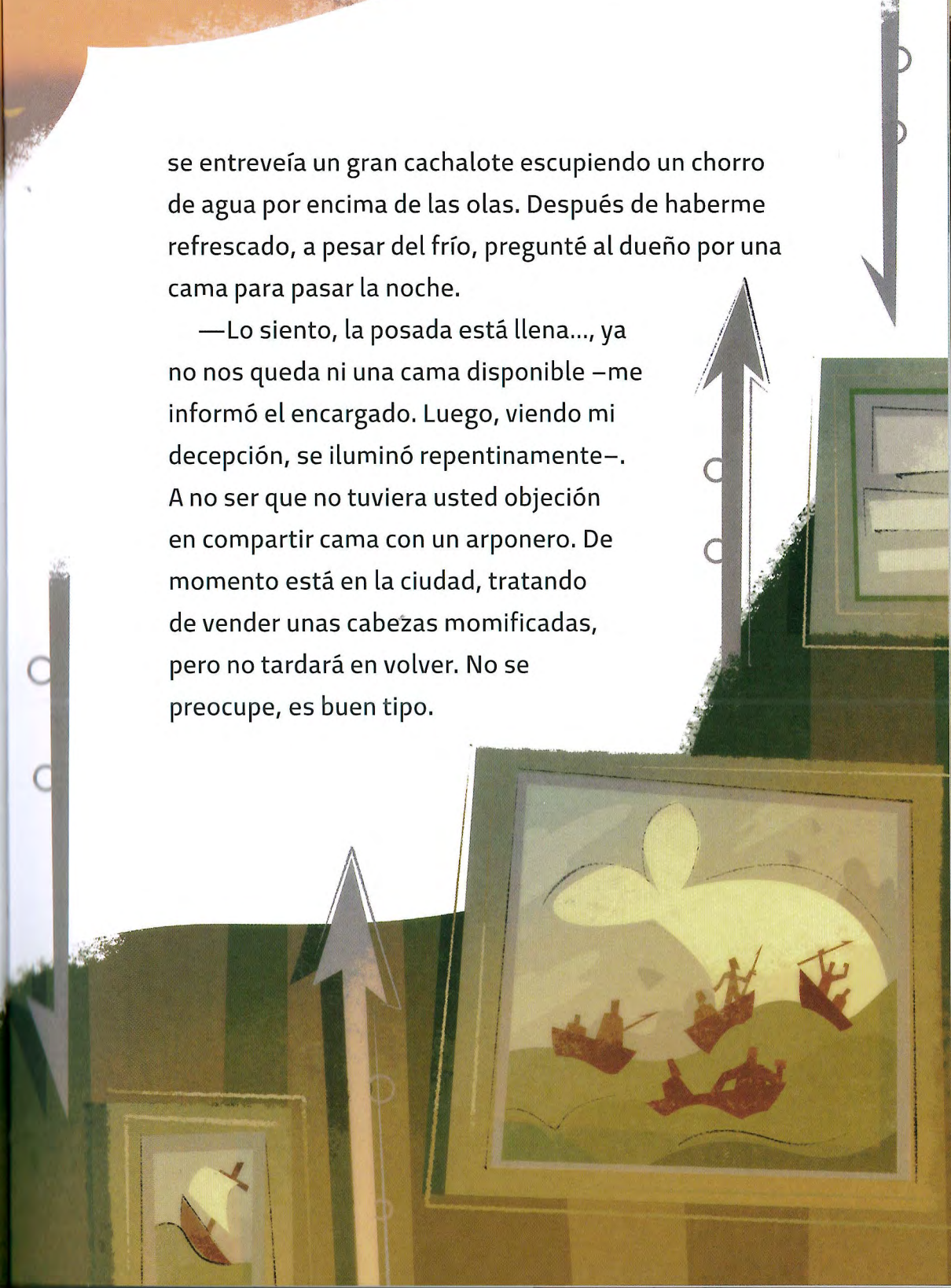
Llamadme Ismael. Hace algunos años, me hallaba con el monedero vacío y, sobre todo, de un humor gris, tan gris que no veía más solución que hacerme a la mar. Porque, cuando me sentía así, no había nada mejor que embarcarme en un barco no como pasajero, comprando un billete e instalándome cómodamente en un camarote, sino como simple marinero, miserablemente pagado por trabajar a diario, encima y debajo del puente, y que, a cambio, puede surcar los océanos durante meses, sin nada más que el horizonte delante de sí. Dejé, pues, Manhattan y luego me puse en camino hacia New Bedford, de donde salían los barcos para Nantucket, la isla en la que había decidido unirme a la tripulación de un ballenero. Cuando llegué a New Bedford, ya era de noche y el pequeño paquebote que iba a mi destino había zarpado ya, así que me rasqué los bolsillos y emprendí la búsqueda de un lugar donde dormir.



No faltaban hospedajes, pero se me antojaban todos demasiado luminosos y alegres para mis medios. Tras caminar largo tiempo, me hallé ante una casita oscura e inclinada. En un horrendo cartel que se balanceaba por encima de la puerta, se leía: «Posada del Aventador». Me armé de valor y entré, muy consciente de que era ésa la única posibilidad de tener techo para esa noche. El patrón, que se llamaba Peter Coffin, me invitó junto con otros marineros a entrar en un comedor, carente de chimenea, en el que hacía un frío digno de Islandia. Las paredes estaban recubiertas con un abanico de arpones –largas lanzas utilizadas en la caza de la ballena– y en el centro estaba colgado un cuadro, patinado y renegrido por el tiempo, en el que

se entreveía un gran cachalote escupiendo un chorro de agua por encima de las olas. Después de haberme refrescado, a pesar del frío, pregunté al dueño por una cama para pasar la noche.

—Lo siento, la posada está llena..., ya no nos queda ni una cama disponible –me informó el encargado. Luego, viendo mi decepción, se iluminó repentinamente—. A no ser que no tuviera usted objeción en compartir cama con un arponero. De momento está en la ciudad, tratando de vender unas cabezas momificadas, pero no tardará en volver. No se preocupe, es buen tipo.



En absoluto me entusiasmaba la idea, pero en vista del cansancio y del frío glacial, me dejé conducir a una pequeña habitación. Me desnudé y me metí en la cama, sin lograr dormirme. Unas horas más tarde, oí un andar sonoro que avanzaba por el pasillo: se abrió la puerta y

entró un hombre alto y robusto, con una vela en la mano y una pequeña cabeza embalsamada en la otra.

Cuál no fue mi espanto cuando se quitó el sombrero: no tenía ni un cabello en el cráneo, salvo un penacho recogido en lo alto. Su rostro estaba tachonado de diferentes colores; tras mirarlo mejor, me di cuenta de que no eran cicatrices, como yo había creído, sino tatuajes. Cuando se quitó la camisa, descubrí que su pecho y sus brazos estaban también recubiertos de los mismos y extraños motivos. Pero cuando apagó la vela y vino a acostarse, no



pude contener un grito y empecé a dar alaridos:

—¡Socorro, señor Coffin! ¡A mí!

El extraño se tiró de la cama de un salto y exclamó:

—¿Quién es usted?

En el mismo instante, entró el patrón de la posada en la habitación para calmar los ánimos:

—¡No tema, le presento a Queequeg, un excelente arponero!

Hechas las presentaciones, nos acostamos y dormimos tranquilamente el resto de la noche.

Al día siguiente, tuve ocasión de trabar un conocimiento más amplio con nuestro hombre, quien resultó ser tan amable y tan generoso –hasta me regaló una de sus cabezas momificadas– que decidimos embarcarnos juntos en un ballenero.

Encontramos una goleta que nos llevó finalmente a ese brazo de arena y de tierra que lleva el nombre de Nantucket.

